

# BESAME



—Habiendo aceite, fuego, huevos y patatas, no sé por qué hemos de soportar este desmayo.

20 cts.

Redacción y Administración:  
Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA  
Teléfono 11102 Talleres "LA GUTENBERG"



Suscripción	trimestre...	...	2'50	ptas.
"	semestre...	...	5	"
"	año...	...	9	"
Extranjero,	año...	...	15	"

## Un suspiro elocuente

Ella es una de esas menores abracadabrantes que, con los calores estivales, andan transparentes y vaporousas, capaces de despertar el apetito a un cavernícola. Tiene unos catorce años y tiene unos... y unos... y unas, que, unas por donde unas, todos nos sentimos unos y haríamos una. Lo cual que no sé si lo habré explicado bien, pero supongo habrán comprendido ustedes que se trata de una tobillera que produce mareos.

Se llama Mariana, o quizá Ana María; pero los mozos del barrio la conocen por "la gentil Mariana", y ella gusta de oírse el remoque y se contonea coquetonamente cuando se lo dicen, y entorna los ojos y enseña la puntita de la lengua, con lo que lleva de cabeza a todo el vecindario del género masculino.

Viste siempre con toda la exageración posible—y ya sabéis que hoy son posibles todas las exageraciones que antes servirían para que calificaran a una mujer de... aquello, y hoy sólo hacen que se las tenga por elegantes, por americanizadas y espirituales—y desde que comenzaron los calores estivales tengo la convicción de que no lleva sobre la camisa más que el transparente trajecillo de seda barata o de popelín, que deja remarcar todos los detalles de su cuerpo, con incitación irresistible. Y como si no fuese bastante vestir así de ligerita y tan corta, que al menor movimiento quedan visibles sus ligas, la nena camina haciendo unas oscilaciones de caderas y unos movimientos de hombros, que se diría que talmente va bailando una rumba por la calle, con lo que ya podéis comprender el efecto que han de producir sus torneadas redondeces balanceándose así y transparentándose de aquella manera.

Es modista. Tiene un novio es-

tudiante, que va a buscarla al salir del taller y la lleva por los suburbios menos alumbrados y menos transitados de la ciudad, haciéndola detener en los rincones propicios para expresarle su amor, más con



—En esta playa todo son besugos.  
Si al menos hubiera algún bonito...

gestos y con movimientos que con palabras. Cuando llega a su casa, se entretiene otro buen ratito, en la grata obscuridad de su escalerilla, con un vecino que la espera a esa hora y le dice cosas muy interesantes, pero de las cuales sólo llegaría a ustedes el eco misterioso de

unos suspiros raros. Tiene otro novio hortera que la lleva al cine los domingos, donde le compra caramelos para endulzarle el genio, porque ella es una fierecilla que por cualquier cosa se excita y le pone las peras a cuarto. Y tiene todavía otro novio, viajante de tejidos, con el que sólo se encuentra las vísperas de fiesta para ir a cierto salón de baile y poner cátedra en el arte de incrustarse, girar, balancearse y adormecerse en la danza.

Pues bien; estos días se siente la chica en sus glorias. Se hace fiesta en su calle, y dicho queda que el baile por la noche es de rigor y dura hasta la madrugada. Ella cena precipitadamente; se arregla con lo mejorcito del baúl—lo mejorcito es lo más ligero y más transparente—y baja a reunirse con las amiguitas y los amiguitos, que se disputan la felicidad de desvanecerse dando vueltas con la "gentil Mariana", que es un primor en lo de ceñirse y dejarse ceñir.

Alrededor de ella se forma un corro de admiradores. Las vecinas fingen mirarla con desprecio, murmurando de ella por llevarse todos los piropos y todos los deseos. Dicen que si tiene tanto partido es por lo que se deja oprimir, porque enseña las ligas al dar vueltas, porque apenas lleva ropa, por... su frescura, vamos. Pero yo creo que es por todo lo contrario.

Su madre, desde el balcón, la mira enternecida, orgullosa. Una vecina, ya entrada en años, viuda tres veces, que comenta escandalizada las diabluras de la niña, se vuelve hacia su madre—la madre de la niña, claro. Estos posesivos castellanos son el colmo de la imprecisión—y le dice en tono de predicador misionero: —Prro... ¿es que usted no lo ve, señora Mariana?

—¿Cuál, vecina?  
 —El desparramo de su hija. Eso no es bailar, vaya; eso es... lo otro. Fíjese cómo llama la atención.  
 —Por guapa.  
 —Por... ¿Pero no ve usted que los bailadores la agarran de las caderas y de un poco más abajo... y que le hunden las rodillas entre los muslos... y que pegan su cara a la suya?...  
 —Es la moda de los bailes, vecina. Usted vive un poco atrasá.  
 —Yo lo que vivo es muy decente, y esa manera de bailar para res-

tregarse así con los hombres me parece...

—¡Amos, vecina, no se ponga usted mística, que no le va! Recuerde usted cuando tenía la edad de la niña... y quizá un poquito más... Cuando comenzaba usted la primera veintena de novios...

La señora Mariana ha hecho un guiño de ojos muy expresivo. La vecina, enmudecida de golpe, entorna los suyos en una melancólica evocación. ¡Su primera veintena de novios! Quizá no fueron tantos, pero es igual para lo que quiere decir la

señal Mariana. Los primeros novios, los primeros bailes, las primeras emociones al sentirse rodeada por unos brazos masculinos; los primeros sofocos y los primeros deseos al notar contra sus carnes el roce de otras carnes... Y la vecina ha exhalado un suspiro profundo, largo, arrastrado, tan expresivo como el guiño de ojos de la señora Mariana.

Y en el centro de la calle, la "gentil Mariana" se adormecía muy melosita en los brazos del droguero, que la ceñía fieramente y que sudaba...

FULANO DE TAL

### EL ADELANTO, por Méndez Alvarez



EL MEDICO.—Conque ya lo saben ustedes: nada de excesos; no hay otro remedio... ¿...?



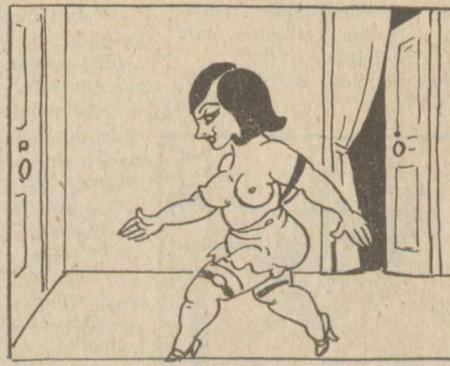
—Ya lo has oído, mujercita; hay que resignarse. Desde mañana tendremos que dormir separados. ¡La Ciencia lo manda!



—Así, pues, mujercita mía, estamos de acuerdo... Cada quince días, ¿eh?...



—¡Y pensar que no hace más que dos noches de la que tan feliz me hizo mi esposo! ¡Si yo me atreviera!...



(A la tercera noche).—¡Oh, de esta noche no pasa! ¡Estoy tan "nerviosa", que no puedo más!



(Desde dentro).—¿Quién llama?  
 —Tu mujercita... Oye, maridito mío: ¿no me podrías adelantar una quincena?...

Reportaje de Colette Vallecás

La encargada de W.C. que fué novia formal del rey Leopoldo de Bélgica

Sin propósito de provocar una reclamación diplomática.

No quiero líos internacionales.

Por necesidades urgentes, ayer tuve que penetrar en uno de esos subterráneos inventados por el Ayuntamiento de Madrid para ornato de la villa y atracción de forasteros.

Se encuentran estos maravillosos lugares en muy pocos sitios de Madrid; por eso cuando se llega a uno de ellos se encuentra una tanta gente que es preciso formar en la cola y esperar la vez.

Ayer, como digo, me ocurrió esto. La larga espera—¡hay quien no piensa en los pobres que están aguardando!—dió ocasión a que yo entablase conversación con la encargada del reservado.

La describiré porque importa conocerla físicamente.

Alta, casi rubia, de un castaño muy claro, por lo que deduzco debió ser un castaño de Indias, ahora canecido.

Cara franca, noble, simpática, como suele ser la cara de todas las personas que saben mirar de frente.

Figura esbelta, fina, con aire distinguido. Manos largas, blancas; en ellas un paño de limpiar redondeles. Pies delgados, estrechos, largos; calza alpargatas.

En lo que no tiene nada de dis-



En los días de mucha calor, en el baño se pasa mejor.

tinguido es en el lenguaje. Es de las de: “amos, anda”, “que te ondulen”, “que te den por donde amargan los pepinos”, “me cisco en tu padre”, y otras expresiones que, en este caso, no son expresiones de la familia. A pesar de eso, en cuanto le gasta una broma cerril su compañero, el encargado del departamento de hombres en este reservado municipal, le responde con un: ¡Pero qué grosero eres! Que el que la oiga se cree lo menos que ella es una Concha Espina del lenguaje, pongo por señora rebuscada y cursi.

Aun me faltaban tres puestos para llegar a mi vez cuando la buena mujer, eligiéndome entre varias para sus comentarios, me dijo:

—Es que en España todo lo hacemos pobremente. En París no pasa esto...

(Debía de aludir al número de compartimientos.)

—¿Usted conoce París?

—Anda, ya lo creo. Una no ha sido siempre lo que ahora.

No me atreví a preguntarle qué había sido antes, y busqué la manera de averiguar lo que quería.

—¿Ha vivido usted en París?

—Veinticinco años.

—¡Tanto!

—Sí, señora. Y en más altas esferas que esta.

—¿Se refiere usted al nivel de la calle por ser éste el subsuelo?

—Ca, no. ¡Hay qué gracia! Me refiero a las alturas sociales. Sí, señora; que aquí donde me ve usted yo he sido la novia formal del rey de Bélgica.

—¿Del rey Alberto?—interrogué con asombro.

—¿Qué chusca es usted? Del rey Leopoldo.

—¿Ah, sí?

—Como me oye usted. ¿Verdad que es pa quedarse bizca?

—Sí, no, verá usted... Francamente, no sabía qué contestar.

—Es que me conservo *mú* bien; pero el año de la Exposición de París fué cuando fuí la novia de Su Majestad. Otra estaría hecha un loro; en cambio, yo... todavía me atrevería a echarme un novio, y a cumplir como las buenas.

—Caramba, caramba.

—Castiza que es una.

—Si se llama castiza, bueno...

—Todo París me conocía. El rey venía a verme a mediodía y al anocheer; a la hora del vermú, vaya. Ahora se ha puesto de moda el vermú con paja. ¡Valiente moda! Leopoldo y yo siempre lo tomábamos así: Era una juerga. ¡Lo que nos



—Yo le encuentro el pulso normal.

—Póngame el termómetro y verá la temperatura que tengo.

habremos entretenido con la pajita!

(Una interrupción porque se marcha una parroquiana, y yo hago el número dos en la fila.)

—A mí me llamaban su alteza, y hasta los guardias me saludaban cuando los encontraba en la calle.

—¿Y qué la decían?—pregunto yo.

El encargado del reservado de hombres interrumpe:

—Bon soir.

—Cállese, hambriento, tío mariquita, que te metes en todo.

Dirigiéndose a mí con aire ufano.

—Me decían: “a votre disposition, majesté jolie.” ¿Qué le parece?

—Muy interesante. Y dígame, ¿como era el rey Leopoldo?

—¡Un tío con toda la barba!

—Quiero decir si era agradable, simpático, generoso...

—Pues eso he querido decir, además de que lo de la barba era verdad. Era guapo, algo tronera, como decimos en Madrid, porque le gustaban todas y me la pegaba en seguida. Pero yo le disculpaba; como era rey...

—¿Y generoso?

—¡Uy! *Muchísimo*.

(Yo estaba un poco alarmada por el lenguaje plebeyo de la encargada del W. C.)

—Me has hecho *de* ganar más dinero.

Otra vez la voz burlona de su compañero:

—Por Dios, *majestaz*...

—Anda y que te frían un Citroen:

—Una vez me llevó a las carreras y les dijo a los periodistas: “Es mi



EL CASERO.—¿De manera que no quiere usted que le suba el piso? ¿Y usted que me lo sube a mí?...

novia". Pero novia formal, ¿eh?; todo de boquilla y las manos quietas.  
 —Es que de boquilla también...  
 —No, no, no. Conservación y nada más. Yo, de palique.  
 —¿Duraron mucho las relaciones?  
 —Todas las veces que él iba a París. Diez o doce años.  
 —¿Y cuando él no estaba en París?  
 —Entonces tenía yo mi novio formal.  
 —¿También... formal?  
 —Claroco. Yo he sido siempre formalisma.  
 —Pero, el rey Leopoldo, ¿no se enteró nunca?  
 —¡Ya lo creo! Se lo dije yo.  
 —¿Caramba!  
 —Pero él era muy simpático y muy festivo, y decía siempre que sería el padrino de mis chicos cuando los tuviera.  
 —¿Y los tuvo usted?  
 —Sí, señora. Sólo que entonces ya había yo regañado con el rey.  
 —¿Por qué?  
 —Porque me encontró besando a un camarero.  
 —¿A un camarero? ¿De dónde?  
 —Del restorán.  
 —Pero, ¿de qué restorán?  
 —Del restorán Inglés, donde el rey comía cuando iba de incógnito.  
 —¿Y usted iba con él?  
 —No, señora. Yo estaba allí...  
 —¿Allí? (Estoy hecha un lío.) ¿De qué estaba usted allí?  
 —Anda, ¿de qué?... De encargada del tocador de señoras; y yo me declaré un día al rey.  
 (Me dan ganas de estrangular a esta tía loca. Pero luego me acuer-

do que me ha entretenido un cuarto de hora. Se abren dos puertas a la vez y me llega mi turno.)  
 Al salir, se acerca sonriente "la novia formal del rey", y me dice:  
 —¿He distraído a la señora?  
 —Sí, mujer.  
 —Me alegro; la ví tan apurada... Es un nuevo servicio que ha creado el Ayuntamiento.  
 Yo, agradecida, la di dos perras gordas de propina, y al marcharme recordé un momento a Madam Pimentón.

COLETTE VALLECAS



CURIOSIDADES

Cómo besan los hombres (1)

El que viene del pueblo:  
 —¡Aú! Qué mordisco. (Y claro que muerde.)  
 El tenor de moda:  
 —Yo, no, señorita. Yo me dejo besar.  
 El deportista:  
 —La voy a macerar a usted de 5 a 6. Después no me deja mi manager.  
 El flamenco:  
 —Osú, que boca. ¡Retechiquitina! Me la tendré que suerber a usted. Dígame, primor, ¿la darán la comida con un embudo? ¿Qué bocao te vi a dar, miniatura! Y a continuación... el bocao.  
 Un hombre muy cumplido:  
 —¿Me permite usted que le aproxime mis labios a ese fresón de Mayo?  
 Un higienista:  
 —No le importe este beso. Me la vo la boca con agua oxigenada.  
 Un castizo:  
 —Besando esos labios me quedo dormido hasta que cambie el Gobierno.  
 Otro:  
 —Para besarla a usted a gusto necesito la jornada de ocho horas.  
 Un futbolista:  
 —Trae la boca, "merengue" mío, hasta que haga un goal Gaspar Rubio.  
 Un torero:  
 —Besándola a usted me van a dar los tres avisos.  
 Un viejo "conquistador":  
 —Rozarte la boquita nada más; el el chupito, guapa.

(1) No siempre han de ser las mujeres. Innovemos.

Un ventagista:  
 —Yo le cojo las manos y usted se deja caer, chata. Y ya nos entrarán el desayuno.

Un hombre como hay muchos:  
 —¡Rica!... ¡Guapa!... ¡Primor!... ¡Clavel de Andalucía!... ¡Nena!..., etcétera.

Uno de cine:

(No se ve ni se oye nada. Por si acaso, más vale no mirar.)

Cuentos ultra-rápidos

Era tan desmemoriado, que en la noche de bodas, solos ya en la alcoba, frente a su esposa, sintió un miedo irreprimible, y suplicó temblando:

—¡Por Dios!... ¡Vístase, señora, que puede venir su marido!...

Dominaban los celos de tal modo al desdichado, que en cierta ocasión, estando enferma su señora, gritó al médico sin poderse contener:

—¡Basta ya!... ¿No podía tomarle el pulso sin tocarla!...

Aquel descuartizador, de haber sido castizo al ejecutarlo debió exclamar, recordando el femenino cuerpo seccionado:

—¡La diño por tus trozos, negra!

Cuando le dijeron: "Tu suegra ha muerto", le asaltó una terrible angustia... ¡la de que fuera mentira!

P. AREPLA



—Ernesto me pide una cita; Luisito, otra; Manolito, otra. Está visto que habré de pasar el día haciendo... encargos.

## MADRID DE NOCHE

## Lo que va de ayer a hoy

Los padres de familia que ya han cumplido los cincuenta años y están encerrados y vencidos en casa después de la cena; encerrados por la voluntad agresiva de la esposa, espesa y rezongona, y vencidos por la tos, el reuma, el cansancio, que les hace agachar la cabeza en todos los sentidos, le dicen a su conyugal carcelera en un tono de temor y con ese mismo ademán de *vade retro* con que han fundado la estéril Asociación de Padres de Familia (¡el diablo harto de carne!...):

—Mira, Benita: tú que eres madre y tienes más confianza con los hijos, pregúntales dónde van por la noche.

El padre se acuerda de sus tiempos de estudiante, allá por los últi-

mos años del siglo pasado o los primeros del presente.

Eran aquellos días, casi sagrados, de la cuarta de Apolo, los altos de Fornos, el comedor de la Concha, el otro comedor, menos inofensivo, de la Chana, el café "El Brillante", el otro café "El Gallo"; en la plaza Mayor, el merendero viejo de Rioja, etc., etc.

Días de trueno y de buen humor, en que se divertía un hombre, con dos duros en el bolsillo, y realizaba robos de corsés y de toallas manchadas, en los burdeles de la calle de Tudescos, todavía existentes, aunque cada vez más sucios.

Cinco pesetas valían entonces cinco pesetas, y circulaban todavía pesos de la Isla de Cuba (que per-

dieron, según don Ramiro de Maeztu, los republicanos del 73).

Pero ahora, cinco pesetas apenas valen cuatro reales, y la vida ha cambiado mucho.

La Chana está empleada en la limpieza del Museo Romántico.

El comedor de la Concha se ha convertido en un restaurante de moda, que se cierra a las once de la noche.

Fornos trocose en Riesgo, y es un riesgo, efectivamente, entrar en él. Se cierra temprano, y el café que antes costaba, con propina, seis o siete perras gordas, ahora cuesta una peseta, sin propina.

La cuarta de Apolo desapareció con el teatro. Ya no hay ninguno que tenga una cuarta..., ningún teatro, claro.

Subsiste el barrio de Tudescos, infección y vergüenza de una ciudad; porque está bien y aun muy bien, que existan ciertos lugares de divertimento y solaz vulgo revuelcamiento; ahora que con aguas corrientes, playas artificiales y piscinas al aire libre.

¡Y hay que ver, afortunadamente para la salubridad y la higiene, lo aficionadas que son las chicas a la piscina! También piscinean algunos pollos; pero piscinean más las chicas.

En resumen: que hoy se divierte la gente de una manera distinta a la que imperaba en los tiempos de la juvenil impaciencia y virilidad de nuestros padres..., y no digo de nuestros primeros padres por evitar confusiones y líos con la Historia Sagrada; pero es indudable que para nosotros, nuestros padres, son nuestros primeros padres, salga quien salga durante la investigación de la paternidad del doctor Juarros, que investiga la paternidad, pero que no es suya porque él es un padre estéril que no ha sido padre. Bueno, que me he hecho un lío.

En 1900, un café cantante era... eso, un café con un *tablaó*, encima del que se cantaba, sin salirse de los alrededores del *simenterio*; se veían a veces relámpagos de nalgas carnosas al revuelo de una falda de volantes y se injurjitaba un café malísimo, uno de esos líquidos sucios que se llaman "café del café" y le sirven al consumidor desesperado en cualquiera de los cafés del centro de Madrid.

En 1932, el café cantante ha sido sustituido por el colmao, donde, con pocas excepciones, que ya describiré, puede decirse que se ha refugiado la vida nocturna de Madrid.

El colmao.

Aquí tiene su centro la vida nocturna de Madrid.

Todos conocéis lo que es un colmao, aunque en Madrid y Barcelona sean dos cosas distintas.



EL.—De manera que, de entre todos los pretendientes, ¿al que más quieres es a mí, al quinto?

ELLA.—Me gusta el que viene después del quinto.

En Barcelona, el colmao es la tienda de comestibles bien abastecida de todo. En Madrid, el colmao está abastecido de tres o cuatro cosas: vino, mucho vino, base de su comercio, comestibles propios para la clásica tapita, que no tapa nada, y el hambre menos, y flamencos.

El flamenco es la *lapa* del colmao; yo creo que nacen adheridos a ellos.

El colmao tiene un departamento a la vista del público y otros varios que son el trasunto de la vida, que pudiéramos llamar alegre, por llamarla de alguna forma, de Madrid.

Ayer, los juerguistas se animaban con repiqueteos de castañuelas, bailes de fandango y el contacto con las hembras más o menos bravías. Pero hoy, las mujeres rellenitas y calentitas no están de moda; imperan las largas y delgaduchas, horrible montón de huesos, que lo lucen todo con los vestidos de ahora y que, al desnudarse, no enseñan más que un breve colgajo de cada lado del pecho.

Estas tías escuálidas, que se alimentan con maizena, son las más asiduas clientas del colmao.

El colmao necesita dos atractivos fundamentales: el cantaor, que sigue en los alrededores del *simenterio*, y una chica besucona y complaciente.

—Anda, rico. ¿Quieres entrar conmigo?

¿Por qué no entrar en lo íntimo del colmao?

Un sorbito de *mansanilla* pasada, una copla—de letra absurda—por fandanguillo de Triana (que da lo mismo sea de *Huerta* o de *Cormená*...), y una chavala que le obliga a uno a beber porque lleva un tanto por ciento en cada botella que descorcha.

Al segundo chato:

—Dame un beso, charrán.

Es el adjetivo más cariñoso que saben decir estas mujeres, mitad y mitad al servicio de Venus y de Baco.

—Dame un beso, charrán. Pide más chatos, ladrón.

También es lo último:

—Sacude la pasta, pelmazo.

Y todo eso por cinco *cochinos* duros.

Porque, eso sí, la juerga que en 1900 le costaba a nuestro padre dos sencillos laureanos, le cuesta al hijo, que se lo tuvo que sacar al padre—total, que el padre siempre es el que paga—cinco ojos de buey, que traducidos al castellano son veinticinco leandras, pavesas, beatas, lucandas, calas, y, en último término, pesetas.

Que se progresa, señor. Que un plato de judías en *ca la Concha* costaba ayer cinco gordas y hoy no se paga con menos de seis reales.

Y prueba de que se progresa es

ese otro tipo de lugar de diversión nocturna que ayer se llamaba el Salón de Variedades y hoy se conoce por *cabaret*.

Mas esto puede dejarse para la semana próxima.

Y buenas noches.

CÁNDIDO



## CUARTELERA

El cabo Jiménez y cuatro números con él, custodiaban de un cuartel el fuerte, que era cuadrilátero, y estando allí, el cabo, del general, recibe la orden formal:

—Coloque en cada fachada cuatro hombres antes de nada.

—Yo... ¡Nada!... Punto final.

¡Pobre cabo! Todo el día tan apurado se hallaba, que ni un bocado probaba, por más hambre que tenía.

“¡Habrás otro, entre sí decía, más apurado que yo?”

Y cuando el rostro volvió, quedó estupefacto viendo a su alférez, que, riendo, de esta manera le habló:

—Usted ya saber debía que todo hombre prevenido

siempre por dos ha valido.

—Sepa usted que lo sabía.

—Y siendo así, ¿no podría a un hombre a palos doblar?

—¡Y, si quiere, triplicar!

—Pues determine aplicar tan salvadoras medidas y verá al punto cumplidas las órdenes.

::

—¡A formar!

Cuatro sois, pero os prevengo, y sois ocho, por mi cuenta, pues cada uno representa dos; a los ocho os arengo, os doblo a palos y tengo los dieciséis consabidos, para que queden servidos los lados de este fortín, y descansar pueda al fin con mis deberes cumplidos.

TALADRIS

## Elección de "Miss Playa"

Hace pocos años, la revista gráfica "Imatges", que editaba a todo lujo la librería Catalonia, y que murió por exceso de compradores, proyectó un concurso de bañistas para elegir a la más bella y mejor formada, dándole el título de "Miss Playa". Pero el gobernador civil prohibió el concurso. Le parecía peligroso que desfilaran ante un Jurado las mismas bañistas, y con los mismos "maillots", que desfilan ante el público todos los días. La moralidad es una cosa tan abstracta, que cada cual se la hila a su manera.

Dejando a un lado toda consideración seria, que no son de mi negociado, haré constar que el título de "Miss Playa" flotaba en el ambiente y era deseado por muchí-

simas bañistas. Por ello, este año se han atrevido los periodistas a organizar el concurso, y lo han llevado a cabo de la agradable y pintoresca manera como ellos lo hacen todo. Con ellos no se enfada nadie; son todavía chicos, chicos de la Prensa. ¿Quién va a indisponerse con unos chicos que, además de su humor, poseen la facilidad de encumbrar y de hundir a celebridades más o menos "patum"?

Pues ellos lo han organizado, y hemos de declarar que el éxito les ha acompañado como de costumbre en todas las fiestas que intentan, mientras no sean de carácter benéfico. Y se han presentado tantas aspirantas al título de "Miss Playa"—que, además, sería "Miss Pren-

sa"—que el Jurado se ha visto negro para fallar.

El Jurado lo formaban dos periodistas; un célebre dibujante galante, que parece muy perito en elegir "misses", a deducir por su permanencia en todos los Jurados semejantes; un viejo escultor, que

nombrado cómico de los que trabajan en los escenarios. Se aseguró que, contrariamente al reciente concurso de París, no atendería a la forma ni ligereza del "maillot", sino exclusivamente a la elegancia y forma de la bañista. Y llegó el momento solemne, y ante el Jurado y



—¿Para qué quieres verte si aun falta venir don Jacobito?



EL (filosofando).—¿Qué razón tuvo el sainetero que dijo: "Donde se halle una mujer, que se quite todo, que se quite todo"!!

tiene fama de haber vivido trágicamente enamorado de todas sus modelos; un escritor de dramas al verso, de quien se asegura que gusta poco de la belleza femenina y suele mirar a todo el mundo con unos ojos muy lánguidos, y un re-

los tres mil testigos comenzaron a desfilan bañistas de todos los colores—rubias, morenas, tostadas por el sol, trigüeñas, nacaradas—de todas las estaturas, de todas las gordarías y de todos los gestos.

Las había que, al llegar ante el



—¿Qué prefieres, un seguro de vida o que te abra una libreta en el Monte de Piedad?  
—Que me la abra.

Jurado, se detenían adoptando una posición pelicular; otras permanecían con los brazos en cruz, como pidiendo perdón de sus pecados; otras se inclinaban de cara, para dejar escapar por un minuto las bellas manzanas de su pecho; otras se inclinaban de espaldas, con lo que resaltaban de un modo poco decente sus redondeces posteriores; una hubo que se estuvo un buen rato en cuclillas, haciendo como si se ayudase una zapatilla... Y de lo cubiertas que iban no hemos de decir nada, porque nuestros lectores pueden suponerlo con sólo recordar cómo suelen ver a las bañistas en cualquier playa modernizada y con pensar que se trataba de un concurso de belleza. Sólo diré que había alguna cuyo "maillot" tenía un

palmo escaso de largaria y se sostenía con dos cintas que tapaban justamente los picos de sus senos, y otra a quien se podía ver, por las ingles, que el tono rubio de su moño era natural.

Los que hacíamos de espectadores pasamos un par de horas deliciosas; pero los del Jurado las pasaron mejores. El dibujante estaba provisto de una cinta métrica y medía a las concursantas por todas partes, especialmente por el pecho y las caderas, tan a conciencia, que repetía muchas veces sus medidas para no perjudicarlas con un fallo injusto. El escultor les hacía adoptar posiciones académicas, irguiendo el busto, retorciendo la cintura, agachándose de cara o de espaldas. Uno de los periodistas, por si no



ELLA.—Si no fías de mí, verás lo que te pasa.

EL.—No, si ya lo estoy viendo.

fuesen ciertas las líneas que exhibían desnudas, les daba palmaditas en los muslos, en los senos y en las nalgas, para asegurarse de su verdad y de su firmeza...

Yo tenía gran interés, la verdad, por una amiguita que recomendé al Jurado discretamente. Es criada de mi vecindad; prestaba sus servicios en una casa de huéspedes, y todos los que estuvieron en la casa me habían elogiado tanto las bellezas de la chica, que decidí presentarla al concurso. Habíamos quedado en que, si la elegían "Miss Playa", celebraríamos en intimidad el nombramiento, y... y...

Y no la han elegido. Era increíble. Yo examinaba a todas las concursantas y estaba muy seguro de que ninguna poseía tan abultadas redondeces y tan prietas carnes. Como el "maillot" se lo indiqué yo, era tan breve y tan transparente, que no dejaba dudar sobre ningún detalle de su precioso cuerpo. También le había indicado que no pu-

siera reparo alguno a cuantos reconocimientos visuales o dactilares quisieran hacerle los señores del Jurado. Y, con todo, no la han elegido. ¡Una verdadera injusticia!

El viejo escultor me explicó la causa.

—No he podido darme cuenta si quiera de sus formas. La bobota reía continuamente y retoreía todo su cuerpo al reír. Ella misma parecía empeñada en que sus líneas se desdibujasen y no pudiéramos apreciarlas.

Indignado, corrí a ella, que, aun riendo, me respondió:

—Pero ¿cómo no había de reírme si el señor aquel, el dibujante, me hacía unas cosquillas tremendas cuando me tomaba las medidas? Al medirme las caderas, bajó tanto las manos, que sus dedos se hundían por... y por..., y allí, rato y rato, sin ver que el "maillot" era más fino que un papel de fumar... ¿Cómo no había de reírme? ¿A usted no le han hecho cosquillas por dos

sitios diferentes a la vez? Pues da unas ganas de reír tremendas...

Indignado, corrí al dibujante para protestar. Y el dibujante, tan asombrado que no parecía creerme, llamó al poeta dramático para preguntarle:

—¡Hombre, Fulano! Una de las concursantas dice que yo le hacía cosquillas cuando le tomaba medidas y que por eso se reía y se meneaba tanto. ¿Qué le parece a usted? ¿Es posible?

—Posible..., sí, claro, es posible. Pero esas cosquillas no dan ganas de reír.

—¿Cómo que no?—exclamé yo, dirigiéndome al poeta—. ¿Usted cree que las cosquillas, se hagan donde se hagan, pueden dar ganas de otra cosa que de reír?

—¡Claro!—dijo él, volviéndome la espalda y marchando luego de mirarme muy lánguidamente.

Yo estaba dispuesto a armar una escandalera, porque me parecía muy poco serio que se perjudicase a una concursanta haciéndola reír. Pero en aquel instante se me acercó ella para comunicarme que estaba muy satisfecha de su éxito. El escultor la había contratado para servirle de modelo, a cinco duros por hora. Menos mal. Algo saldríamos ganando. Y digo saldríamos, porque suponía que ella sabría mostrarse agradecida con quien le ocasionó su ascenso de fregaplatos a modelo.

—Anda, anda; ve a vestirme—le dije, dándole unas amistosas palmaditas en el trasero.

Pero entonces fué cuando me eché a reír yo. Había advertido que el "maillot" tenía un buen roto por detrás, y... comprendí que la chica estuviera haciendo ridículas contorsiones mientras el dibujante le tomaba medidas..., y comprendí las ambiguas palabras del dramaturgo poeta...

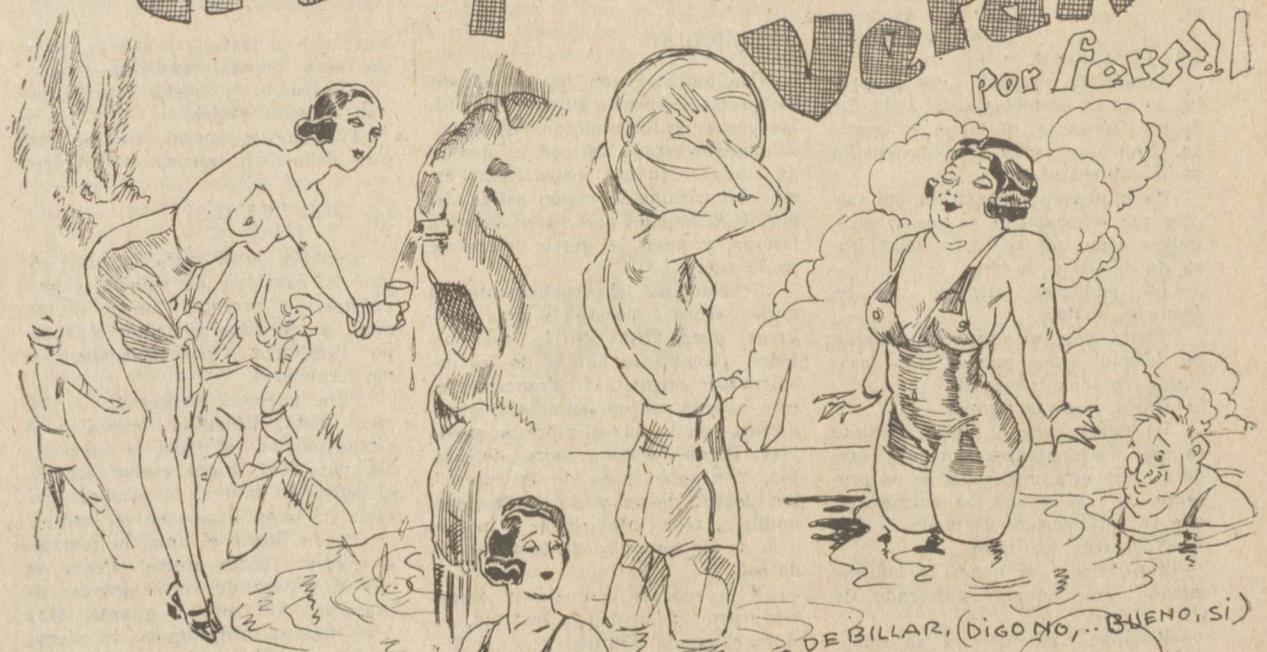
Cuando vean ustedes por ahí el retrato de "Miss Playa de Barcelona", piensen que no se trata de la carnosita fregatriz que yo patrocinaba, sino de otra cuyo "maillot" no se agujereó mientras el dibujante le tomaba medidas. Porque si llega a agujerearse, se queda sin título y con insaciables ganas de reír... o de lo otro, como insinuó el poeta.

J. DE V.



# Estampas de Verano

por Ferral



DEL CORRO AL CAÑO.....

PARTIDO DE BILLAR. (DIGO NO, .. BUENO. SI)



-HOY SI QUE ME BAÑO... HA VENIDO EL VIEJO IMBECIL DE TODAS LAS TARDÉS



UNO DE LOS ÚLTIMOS MODELOS DE ESTA TEMPORADA

LA HORA DEL APERTIVO...



UN POCO DE DANZA....



Y EL DESCANSO....

FERRAL  
1/32.

# COMO SE DESNUDAN LAS MUJERES

(Continuación.)

## LA PUDOROSA

Demasiado despacio. Por su parte, nunca se desnudaría del todo. Le parece bastante quitarse el vestido. Nunca atacaría al pantaloncillo ni al cubrecorsé.

Cada prenda quitada es un suspiro que se escapa de su pecho, asustadizo como un pajarillo tembloroso de miedo y de frío.

La pudorosa, siempre que se desnuda, tiritita.

Tiritita siempre. *Antes y después.* Se defiende como puede de la insaciable voracidad varonil.

—Quita, que me rompes.

Le parece que el pleno desnudo es una desvergüenza. Por muy moderna que esta mujereita se os presente, no renunciará al cubrecorsé, que ya está pasado de moda.

—No mires, no mires.

—Pero, mujer, si nunca te hubiese mirado, ¿me habría enamorado de ti?

—Es que... me da no sé qué... ¡Cierra los ojos!

—Déjame, chiquilla. Quiero contemplarte.

—¡Que no!...

—Vamos..., deja que te mire.

—Pues mírame de reojo.

## LA SENSUAL

Con lentitud, con reposo de persona seria a quien le gusta hacer bien las cosas; entornando los ojos, mirándose al espejo así con al descuido, desperezándose, enternecida como una ensaimada recién salida del horno. Ella sabe que va a llegar a tiempo, y antes le gusta "recrearse en la suerte".

Considerada superficialmente, la mujer sensual parece la más peligrosa. Pero, ¡bah! No lo crean ustedes. ¡Acabo de hablar de las ensaimadas calentitas! Francamente, esto es una mujer sensualota, *agradecida*, con la que siempre se queda bien. Porque, a las primeras de cambio, "ya está fuera de la suerte", por decirlo de un modo gráfico, aseque a toda inteligencia..., incluso a la de los taurófilos de la andanada de sol.

A la sensual le gusta ir despacito; pero, de la misma lentitud, resulta el mejor término.

—Sin prisa, rico.

¡Ah! La sensual es una mujer experimentada, que está, como vulgarmente se dice, de vuelta ya en todas las cosas de la vida. Sabe que la precipitación no sirve de gran

cosa; que el trabajo y el vino, para que sean buenos, necesitan reposo.

"Despacio y buena letra", decían nuestros viejos.

Por eso la sensual, tras el suspiro definitivo, sonríe... y saborea.

## LA DEL PUEBLO

Depende de la época del año; según la cantidad de refajos superpuestos, así procede. Cuando el número de prendas aumenta, el tiempo disminuye..., porque acaba por no desnudarse.

Esto parecerá exagerado a primera vista. Recordad determinadas circunstancias: el sitio, la ocasión... La paja del trigo recién segado, el polvo de la era, la sombra propicia de unos álamos en el jardín...

Puede llegar el ama, el marido, el padre, ¡tanta gente! Cerca se oye el volteam de los cangilones de la noria. Allí está el guarda. Hay poco tiempo. ¡Si alguien la viera!

La cigala, entre los trigales, canta su canción de madera...

## UNA ADULTERA MIEDOSA

En el antepalco... Un cine elegante de Madrid. Un pequeño doblez a la falda hacia arriba. Proyección de cualquier película.

## OTRA ADULTERA ATREVIDA

Tarde de domingo. La *sotatarde*, que dijo cierto cronista madrileño. El marido se fué a los toros; la criada salió con su novio.

En la casa, ella sola.

A las cinco está citado el amante. Puntual.

Ella abre la puerta cuidadosamente y él entra. A las seis y media vendrán unas amigas. Hay que aprovechar el tiempo, pues.

La alcoba matrimonial está cerca. El amante se detiene en su umbral.

—Mujer... ¿aquí?

—Sí, sí; aquí precisamente.

La adúltera se despoja rápidamente de la bata y aparece completamente desnuda, tal y como su madre la parió.

(Bueno, eso es un lugar común. Su madre no la parió así. Ha crecido mucho, pesa bastante más, está peli-oxigenada.)

Y nada más... ¡Ah, sí!

El que sucumbe es el amante.

E. M. DEL P.



—¿Tengo palpitations, doctor?

?—Sí; pero lo raro es que yo también las tengo.



## Divagaciones humorísticas

## ¡Cosas de los doctores!

¡La higiene moderna! ¿Que es eso y con qué se come?... Salvo algunos casos justificadísimos, no muchos, es una cosa que ha inventado la Ciencia para distraer a las personas pudientes, consolarlas... y sacárlas al paso las pesetas.

No se sabe nada apenas en este sentido, y únicamente la estética es lo que más justifica la higiene; porque no me negaréis que el amor, ese eje eterno por el que gira la vida, es lo que más obliga a que se bañe y asee la moderna y coqueta humanidad. ¡Pues si los microbios fueran tal y como los pinta la Ciencia!...

Veamos un ejemplo de los incontables que existen: El padre de una doméstica, un labrador pueblerino, que no se lava la cara más que el día de la función del pueblo, y para eso porque le obliga a empujones su parienta. Bueno; pues el amigazo se pasa veinticuatro horas torturantes, en las que la piel facial le tira como si tuviese adherido a ella un sinapismo. Y durmiendo todos los inviernos en una "corrala" con la vaca, el burro, los perros y las gallinas, está para vivir aún más que un pantalón de pana, con setenta años ya, ¡y lo que te rondaré, morena, si no se le echa encima un camión!...

Vaya como otro ejemplo de lujo, un medallón de gran ciudad. Anverso: El hijo menor de un potentado. Toma plátanos a las diez, la leche a las cuatro, el hipofosfita a las seis, la gimnasia en ayunas. Si sopla aire Sur, lo llevan a pasear a Rosales; si se levanta el Norte, al Retiro... y con todo ese método higiénico, está el crío hecho un esqueleto con jersey y "trinchera".

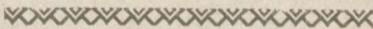
Reverso: Un arrapiezo de cuatro años, hijo de una pobre asistente viuda, que friega platos y escaleras, y anda siempre a puñetazos con el hambre. El chaval, después de hincharse con la comida que le dieron en una casa, se tragó también a escondites la ración sobrante del morrongo, luego de haberla saboreado las cucarachas. ¡Para él, aquello era el Hotel Ritz!

Pero cierto día que el felino hambriento se molestó por tales atracos a la cazuela sin respetar su presencia, con las uñas y los dientes abrió al niño varios surcos en una pantorrilla, en la que la roña formaba ya dura corteza. La señora de la casa, condolida, apresuró a lavarle las heridas con alcohol, para que no se le enconaran.

¿Y pensaréis, lectores, acaso, que se le infestó la pierna a la criatura? ¡Que os creéis vosotros eso! El que se infestó fué el gato...

## ¡LEED, FUMADORES!

Vosotros, los queridos lectores suicidas que os tragáis el humo, y esotro que a fuer de higienistas u hombres prevenidos no hacen más que quemar ese veneno reconcentrado que llamamos tabaco, estaréis acostumbrados ya a las nuevas tarifas "rascacielos"—¡oh, la moda!—con que tuvo a bien favorecernos el ilustre Carner.



NO ES ESO

—Le dije que le quería, y el muy idiota me ofrece su corazón. ¡Hace falta ser imbécil!...

Pero, a pesar del formidable aumento de esa *pócima aspirante impeniente* que expende la Arrendataria, observaréis que los actuales paquetes de 0'60, lo mismo que los anteriores de dos "cupros", contienen veinte cigarrillos tuberculosos, que encierran, entre varios adarmes de tabaco, un trozo de estera, migas de pan, rabos de pasas, estiércol, pelos de dudosa procedencia y otras florituras por el estilo.

¡Dichosos tiempos los de principios del siglo, en los que nos despachaban aquellas hermosas cajetillas cilíndricas de cuarenta céntimos, con veinticinco cigarrillos de tabaco, y gruesos como los dedos de don Pedro Rico. Entonces podíamos darnos el gustazo de coger a pulso la cajetilla abierta por un extremo; la apretujábamos con las manos, y si la encontrábamos algo flaca se la devolvíamos al estanco, balbuciendo con cara de infelices:

—¿No la tiene usted gorda?  
—En este momento, no, señor... Hasta que no venga la saca nueva son todas iguales.

Bueno; pues, sin ninguna protesta, nos la llevábamos resignados, y en paz.

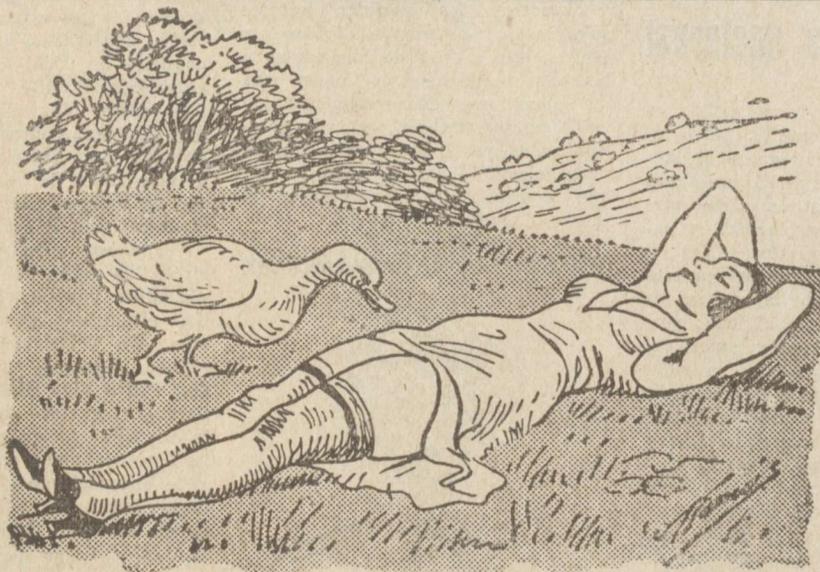
¡Y que no queramos darnos cuenta de que, con una semana de abstinencia general tabaquil, todo quedaría como estaba! Pero, somos irredentos los españoles; preferimos aguantarnos con un tabacazo caro y pésimo, antes que emplear unos sustitutos de cascarrilla de cacao, espliego, hierba golondrina o cisco de retama, que lo mismo sirven para echar el humo en espirales durante unos días no más.

Estamos atravesando un período de desconcertante evolución histórica—cosa muy natural después de haber desahuciado un denigrante régimen secular—, en el que las huelgas generales se suceden sin interrupción por menos de dos pitillos, y en esta ocasión, en la que se trata de muchos millones de éstos, no se mueve ni una rata. Hay huelgas de albañiles, herreros, limpiabotas, mendigos, nodrizas... ¡La oca!

Pero ¡habéis conocido alguna vez una huelga total de fumadores, que sería, sin duda, la más justificada? ¡¡Denén!! Antes morir que perder la vida; y la vida es esto: la cigarrita, la cervécita con presión, los "chatos" de manzanilla y las *chatas*... de donde sean, con piernas escultóricas y flanes saltarines, que están por fuera superiorísimas de verdad, aunque luego muchas de ellas resultan también infumables...

¡Bah! ¿Qué se le va a hacer? —pensamos—. Los vicios justifican esta perra existencia que venimos soportando. ¡Y para cuatro días más que va a vivir uno!...

BLAS-KITO



Los placeres del campo.

## Buzón de BÉSAME

## Correspondencia con nuestros lectores

*A una primeriza.*—Su carta de usted, joven primeriza, me deja un poco perplejo, no porque ignore la causa de lo que a usted le ocurre, sino porque la contestación que su consulta requiere es tan peliaguda, que para expresarla necesitaría recurrir a un tratado de medicina. Dice usted en la suya: "voy a ser madre y, sin embargo, soy virgen..." Sí, sí. ¿Por qué no?

¿Usted tiene balcones en su casa? ¿Y éstos, naturalmente, tienen cristales? Pues fíjese usted cuando llueva que las gotas de lluvia caen sobre el cristal, resbalan en él y dejan un surco. Si no se limpia en seguida el cristal lavándolo, la mancha del surco queda, y cuando pase algún tiempo verá usted que sobre aquella mancha se forman unos puntitos, sobre los cuales vienen las moscas a posarse. El cristal no se rompió, está intacto, pero encima de él cayó una gota de agua que no se limpió y produjo cierto cuerpo extraño, el que atrae a las moscas. ¿Usted me entiende? De manera que ¿virgen y madre? Pero, bueno; ¿usted se conforma?

*A un amigo.*—Mira, chico; en confianza; eres un bruto. La noche de novios en la Casa de Socorro ha debido ser para ti una vergüenza, y para tu mujer un do-

lor y una desilusión. ¡Qué animal eres! Ahora tu mujer te temerá cuando te acerques a ella. No, hombre, no es eso.

Cuando el varón se acerca a la mujer debe ser pensando, antes que en la propia satisfacción, en la satisfacción de la compañera. Son los perros, y en general otros animales, los que se acercan a su hembra, la dan un empujón y se marchan. Dice el perro: ¡Qué perro soy, no se me va una! Pero dice eso porque al separarse de la hembra no se preocupa nunca de volver la cabeza; piensa en sí mismo, como tú. Si volviese la cabeza se daría cuenta de que en la misma esquina otro perro repite la faena con su hembra, y otro y otro, hasta que sea ella la que se encuentre satisfecha. Pues mírate en ese espejo para evitar que tu mujer vaya tropezando de bruto en bruto hasta que encueatre uno que sea más sabio y que sepa conservar la entereza mientras enloquece a Eva con su suavidad, con su *desinterés*. Ese hombre se preocupará de ella; será dulce, sabrá esperar lo que ella quiera. Ese es el hombre, en fin; y, claro, tal día la perderás. Conque no seas tan bruto; procura no ser tú el primero, sino el último, y en vez de pensar en ti mismo siempre, piensa en ella prime-

ro—criatura pasiva y lenta, porque así la hizo Dios—, y si logras dominar tu impulso, tu barbarie, la harás a ella la mujer satisfecha, y ya verás cómo una mujer satisfecha devuelve ternura en un 100 por 10, y de rechazo te hace a ti dichoso. Entonces, sólo entonces y así, demuestra el hombre su superioridad, y puede creerse vencedor: De la otra forma, no. Acuérdate de la perra, que se deja olfatear de todos los canes que encuentra en su camino.

*Un anuncio gratis.*—A todo lector que demuestre haber leído tres veces consecutivas esta sección de correspondencia estamos dispuestos a publicarle gratis un anuncio que él nos envíe, por brutísimo que el anuncio sea, siempre que no incurramos en las iras judiciales. Lo que no admitiremos son anuncios ni correspondencias semejantes a otras que se hayan publicado en nuestras columnas.



# GRACIA DE LOS DEMAS



—¡Cómo! ¿Te pones tu más linda combinación para ir a la oficina?  
—¡Sí, mamá! Hoy hay un trabajo enorme y tendré que quedarme a hacer unas horas extra...

En breve se pondrá a la venta un interesante folleto titulado **LA MENTIRA CONFESIONAL**. Revelaciones, misterios, crímenes, sacrilegios, aberraciones e inmoralidades de la confesión, compiladas y comentadas por **José Moreno Gay**.  
Precio: 30 céntimos.



—¡Puedo enseñarle algo, señor?  
—¡Sí... usted... quiere..., señorita!...

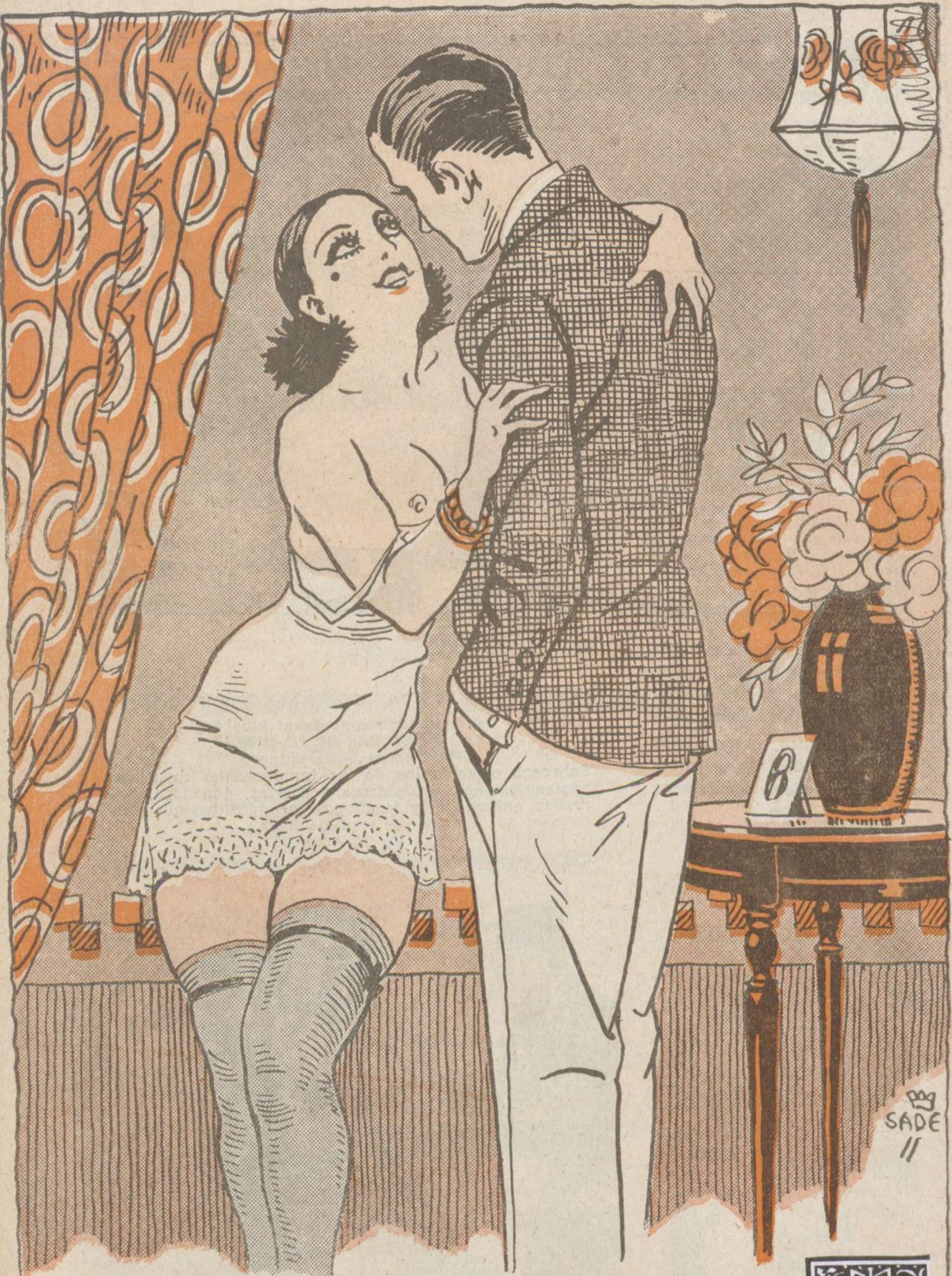
Vaya usted inmediatamente al kiosco y pida **LAS MENTIRAS DE LA BIBLIA**. Por **Fernando Perdiguero**. Sabrosos comentarios de las innumerables mentiras, contradicciones, estupideces, tonterías, gansadas, burradas, animaladas y desahogos pornográficos que contiene el sagrado libro.  
Precio: 30 céntimos.



—¡Esa del tapado a cuadros? ¿No lo sabes? Es una muchacha que ha venido a practicar la natación para adelgazar...



—Ya sé, señor, que le debo una reparación...  
—¡Ah, canalla!... ¡La ha deteriorado también?



20 cts.

—Estoy que la camisa no me llega al cuerpo.  
—Por eso debes quitártela.

